

Lo que habita

Como todas las tardes, en aquella primavera de sus siete años, Mica salió a jugar en el patio de la vieja casa de provincia. Provista de sus juguetes preferidos y con su ropita de tirarse al suelo, se sentó como era su costumbre, bajo el gran naranjo que reinaba por sobre los demás frutales y que la protegía del sol con su inmensa copa.

Era un árbol imponente por su belleza y esplendor, que para cada mayo, deleitaba a toda la familia con colosales frutos dorados tan dulces como jugosos; y en la estación de las flores, cual gigantesco joyero, lucía sus azahares propagando hasta en el vecindario, un profundo y embriagante perfume.

A su sombra, Mica colocó su equipito de mate de juguete con el que entre ronda y ronda sostenía largas charlas con sus muñecas, desplegadas prolijamente frente a ella, como obediente alumnado atentas a las directivas de su maestra.

En la casa vivían además sus dos hermanos mayores, sustentos del hogar, y su madre viuda, quien se ocupaba de las labores domésticas.

A esa hora de la siesta, los únicos habitantes en ese mundo mágico eran: Mica, el naranjo y las muñecas, a quienes de rato en rato se sumaba Totín, el perrito, con sus inconstantes apariciones.

Cada vez que la brisa desperezaba las hojas, Verde, que así era el apodo que la niña había dado a su árbol, parecía sumarse a la conversación.

_ ¡Hola Verde! - saludaba Mica - ¿Despertaste de tu siesta?

_ Wuishhhh... resonaba el follaje.

_ ¡Oye!, ¡debes tener más cuidado! Mamá está muy enojada contigo. Dice que no paras de ensuciar el patio con todas esas flores que tienes.

_ Wushhhh...

_ ¡Ay, bueno, no te asustes; después de todo no es para tanto! A mamá los enojos se le pasan rápido. Sobre todo porque sabe que eres muy bueno y que yo te quiero mucho.

_ Wuishhhh...

_ Ja, ja, ja ¡que lindo que eres y como me gusta escuchar tu voz!...
¿Querés un mate?

Y así, tarde tras tarde y brisa tras brisa, se repetía y alargaba este diálogo entre los candorosos amigos.

Si bien la madre contemplaba esas escenas con beneplácito, íntimamente sentía la profunda insatisfacción de no poder ofrecerle a su nena más recursos materiales de los que tenía. Tal vez por el recuerdo amargo de su propia infancia, signada por la pobreza, más el recelo que sentía al intuir la holganza en varias casas del vecindario, había llegado a la conclusión de que era imprescindible para la felicidad de sus hijos, elevar, aunque solo fuera en las apariencias, el nivel social de la familia.

Una mañana, luego del desayuno, Mica le preguntó a su mamá: _
¡Mami! ¿Para que son esas cosas que están apoyadas contra el
cantero del patio?

_ ¡Ah sí! Son las herramientas que trajo el leñador para cortar el
naranjo.

_ ¿Cómo? ¿Van a cortar a Verde?

La madre, registrando la angustia de Mica, se apresuró a mitigarla.

_ Bueno... mira...no deberías afligirte tanto. En realidad todo es para
poder poner en el patio algo muy muy lindo que seguramente a vos te
va a gustar muy mucho.

_ ¿Algo muy lindo... y que es mamá?

_ Bueno... a tus hermanos se les ocurrió la idea de instalar una
hermosa pileta para que tú y tus muñecas puedan jugar y bañarse
durante el verano. También podrías invitar a tus compañeritas de la
escuela y a tus amiguitas. ¿Qué te parece?

Mica quedó perpleja y sin poder pronunciar el más mínimo sonido. En
su rubia cabecita las palabras de su mamá rebotaban velozmente sin
permitirle articular una respuesta.

La madre continuó:

- Además este árbol enorme tiene unas raíces tan grandes que ha
terminado por levantar las baldosas del patio. Vivimos tropezando con
ellas a cada rato y eso sin contar que está añoso y embichado y da
mucho trabajo tener que barrer las hojas secas y los frutos podridos
que caen desde lo alto en el invierno.

- ¡Pero mami – gimió la chiquilla, ya al borde del sollozo - yo no
quiero que maten a Verde!...

La madre, algo más severa insistió:

- Mira hija, sé que ahora te parece algo muy terrible, pero ya vas a
ver cómo en poco tiempo te vas a alegrar con la pileta nueva...
verás...mamá te lo asegura...no sabes lo hermoso que va a quedar el
patio con la todos los adornos y las luces que van a poner Toto y
Esteban... ¡va a quedar todo muy lindo!...

En los ojos de Mica ya comenzaban a brotar las lágrimas.

Y esta vez, a los gritos:

- ¡Pero yo no quiero una pileta!... ¡por favor mamá, no dejes que
corten a Verde!

La madre, más reflexiva, la tomó suavemente de los hombros:

- Bueno... pero detente a pensar un poco... después de todo es tan
solo un árbol...tu sabes que las plantas también se marchitan y Verde
por cierto ya tiene muchos años; no más fíjate que ya estaba acá en la
casa cuando vinimos a vivir antes de que tu nacieras.

- ¡Y eso a mi que me importa...!

Las lágrimas bañaban el rostro de la pequeña.

Se produjo un largo silencio solo interferido por los sollozos.

Al cabo, y como último intento, la madre concluyó:

- Bueno hijita...está bien... te prometo que voy a considerar tu
pedido, pero para eso tienes que darme un mejor argumento que tu
enojo y tu tristeza. Respóndeme esto: ¿Para qué puede ser útil
aferrarte a un árbol viejo y gigantesco que ya ni siquiera cabe en tu
casa?

- La niña, levantó lentamente la cabeza ante el rostro expectante de su madre, y con la manito apoyada a modo de señal sobre el lado izquierdo de su pecho, contestó desde la profundidad de su alma:
- Mamá... si cabe aquí, cabe en mi casa.

Víctor M. Filippi

Julio de 2009

